

Un País que No Lee

* * *

Las declaraciones de Juan Mejía Baca, activo librero y editor, sobre la desdichada situación del libro peruano, publicadas ayer en nuestro diario, tienen necesariamente que preocupar a todos aquellos que se interesan por el progreso del Perú. Somos un país que no lee. Es más, somos, también, un país en donde el libro carece de todo amparo por parte del Estado. Que la lectura no sea un hábito general y que el libro no esté considerado como uno de los más decisivos factores del adelanto nacional, significa sencillamente que estamos muy lejos de ser una nación culta. A pesar, es verdad, de los edificios monumentales, de la introducción de la moderna técnica industrial, del crecimiento de las cifras en los cuadros económicos, del evidente avance que mostramos en algunas ramas de la vida material.

¿Cuántos peruanos —podemos preguntarnos— acuden regularmente a las librerías en busca de mayor ilustración para su particular especialidad? ¿Cuántos buscan la ampliación de su horizonte espiritual adquiriendo textos que traten de temas no relacionados inmediatamente con sus individuales intereses, pero sí gravitantes sobre las cuestiones más candentes de la hora? Una minoría. En el mejor de los casos quienes aquí tienen una biblioteca son los intelectuales, es decir, los hombres que por vocación trabajan con la inteligencia. La gran mayoría de los profesionales, de los técnicos, de los llamados hombres comunes y corrientes, se cree eximida de la obligación de saber otra cosa que lo que le procura salario o renta. Todo conocimiento puro le parece a esa masa ciudadana ocioso e inútil, puesto que generalmente prefiere la distracción frívola —el cóctel, el bingó, el deporte o el simple hacer nada— a la ilustración por medio de un libro que, al mismo tiempo que un entretenimiento, es una fuente de nuevos conceptos sobre la vida y el mundo.

No toda la indispensable campaña en favor del libro nacional y extranjero se le debemos reservar al Estado —el cual, por supuesto, tiene que afrontar el problema en los aspectos que a él le atañen, como por ejemplo el de la liberación de impuestos, tanto a la importación del libro mismo cuanto a la de los materiales gráficos—, pues es a la sociedad a quien corresponde primeramente esa misión. ¿Cómo? Si en cada hogar se impusiese el deber de establecer y mantener una pequeña biblioteca básica donde figuraran volúmenes fundamentales sobre asuntos eternos y actuales, se habría dado un paso hacia la solución de este problema que no por oculto es menos grave que tantos otros que exigen urgente contemplación. Luchar contra la miseria es un deber social. ¿No lo es, asimismo, luchar contra la ignorancia?

No es por azar que ahí donde la educación es precaria florecen con mayor salud, nutriéndose con la pobreza espiritual de las mayorías, los regímenes violentos y abusivos. Si queremos que el Perú no caiga nuevamente bajo el turbio poder dictatorial, tenemos que proponernos, cada uno de los que lo formamos, por más humilde que sea nuestra posición dentro de la comunidad, darle un desenlace feliz a lo que tan justamente la crónica dominical llamó el "drama de un país que no lee". Y ese desenlace sobrevendrá cuando cuotidianamente, a la mano, el pobre y el rico tengan un libro, en cuyas páginas se guarden ideas, principios, verdades en suma, que enriquezcan el espíritu y lo conviertan en una invencible fuerza de la libertad de cada uno y de todos.

Sebastián Salazar Bondy